

(Mitologías Antiguas: India 4, 5, 6, 7, 8, 9,10, 11, 12, 13, 14, 15, 16)

INDRA, EL DIOS GUERRERO

5º

El dios guerrero y los gigantes

Hay muchos ríos fluyendo desde los Himalayas hacia la India. De hecho, la India tomó su nombre del Indo, que es uno de sus ríos. Pero de todos ellos, el Ganges es el río sagrado y aún hoy es considerado de esa manera porque todos los habitantes saben la historia de cómo las cenizas de los hijos de Sagara fueron tiradas al Ganges y sus almas se elevaron al cielo.

Los indios creman a sus muertos y aún tiran sus cenizas en el Ganges. Así vemos que, aunque la historia tiene muchos miles de años de antigüedad, aún es importante para la gente de la India de estos días.

Recuerden también al rey Bhagiratha que se volvió ermitaño y abandonó todas las posesiones y todo confort. En estos días se pueden ver muchos ermitaños como él en la India, tanto hombres como mujeres, que viven como Bhagiratha había vivido. A veces, estos ermitaños tienen extraños poderes y un día escucharán la historia de estos poderes que tiene alguna de esta gente.

También oyeron sobre los tres grandes dioses: Brahma, Visnú y Shiva; pero esos no son los únicos dioses que la gente de la India adoraba y aún adora. Hay muchos otros dioses, y uno de ellos es Indra, el hijo de Brahma. Cuando es la época de lluvias y hay ruido de truenos y relámpagos, la gente de la India dice:

—El dios Indra, hijo de Brahma, maneja su carro dorado que es tirado por dos caballos llamados “Audaz” y “Marrón”. Con su mano izquierda sostiene las riendas, pero en su mano derecha sostiene la piedra mágica, llamada “piedra del trueno”. Cuando tira su piedra de trueno, relámpagos desgarran el cielo y golpes de truenos sacuden el mundo; pero toda vez que arroja su piedra mágica, ésta vuelve otra vez a sus manos (Thor).

Indra, el señor de los truenos y del carro dorado, era también el dios de la guerra, el dios a quien los guerreros rezaban cuando iban a una batalla. Era el dios de todos los soldados y de todos los guerreros porque él mismo estaba haciendo la guerra contra los malvados gigantes que eran los enemigos de los dioses y de personas.

Uno de estos malvados gigantes, llamado Sambara, vivía en las cumbres de una alta montaña. Allí arriba, en las alturas, tenía su fortaleza y acostumbraba pararse apoyado en su arma, que era un bastón tan largo y ancho como diez troncos de árbol juntos.

Su cabello sobresalía de su cabeza como trozos de alambre y su barba le llegaba hasta la cintura.

Cuando Sambara miraba hacia abajo desde la cima de la montaña y veía una pequeña aldea de campesinos en el valle, le aparecía una sonrisa maliciosa en cara. Buscaba una roca grande y pesada y la dejaba rodar hasta cerca del pico de una montaña directamente

sobre la pequeña aldea. Entonces, empujaba la roca con su bastón, la cual primero rodaba suavemente pero luego corría más y más rápido, llevando consigo rocas y piedras más pequeñas y, al final, una basta masa de guijarros, arena y polvo se abalanzaría por la pendiente a terrible velocidad, y se estrellaba contra la aldea. Destrozaba y rompía las pequeñas cabañas. Toda la aldea quedaba sepultada bajo las rocas y arena y la mayoría de la gente moría aplastada bajo la pesada carga que había caído sobre ellos.

Desde la cima de la montaña, Sambara observaba la destrucción, reía a carcajadas y saltaba con júbilo; por eso toda la montaña se sacudía.

Pero los pobres campesinos que vivían al pie de la montaña, no se podían ir porque allí era donde tenían sus pequeñas parcelas de tierra. Vivían con temor y preocupación porque nadie sabía cuál aldea elegiría la próxima vez para sus juegos malvados.

Es por eso que los campesinos hacían sacrificios al gran dios de la guerra Indra, que peleaba a los gigantes, y le rezaban pidiendo ayuda y protección contra Sambara.

Un día, por fin, Indra escuchó sus plegarias. Montó su carro dorado, tomó su piedra de trueno y manejó a sus fieros corceles en un galope a través del cielo hacia la cumbre de la montaña del gigante. Sambara estaba preparando otra roca para traer muerte y destrucción a otra aldea inocente, cuando vio a Indra acercándose con su carro dorado. Se puso furioso porque le interrumpía su juego favorito. Rugió y bramó con furia, tomó su gran bastón y se lo arrojó a Indra. Pero el dios tiró su piedra hacia el gran bastón que volaba a través del aire, hubo un relámpago y el bastón fue destrozado en mil pedazos. Cuando Sambara vio que su bastón fue hecho pedazos aulló de ira y rompió todo el pico de la montaña, y lo lanzó volando contra Indra. Pero el dios ya tenía la piedra de trueno otra vez en sus manos, la arrojó y esta vez la piedra mágica voló hacia el gran pico de la montaña, atravesando el aire y golpeó en la cabeza al gigante, que cayó con estrépito y murió.

Los campesinos abajo, en las aldeas, no podían ver qué estaba sucediendo, porque el pico de la montaña estaba entre neblina y nubes. Pero oyeron un terrible ruido y trueno que hizo que la montaña se sacudiera y temblara. Luego, todo volvió a la calma. Nunca más cayeron rocas desde arriba y así supieron que Indra había venido a ayudarlos.

Cuando todos los demás gigantes se enteraron de lo que había sucedido, juraron que vengarían a Sambara. Decidieron que tanto Indra como los seres humanos sufrirían por la muerte del gigante que sólo estaba divirtiéndose.

Indra mata al dragón

Escucharon como los otros gigantes habían jurado vengarse ellos mismos de Indra y de los seres humanos por la muerte de Sagara.

El rey y líder de los gigantes era un dragón muy horrendo, con un nombre muy feo, Vritrá. Su cuerpo era tan grande como las montañas y estaba cubierto con escamas rojas, cuernos que crecían de su cabeza y sus ojos eran como dos rojas brazas ardientes. Un día el dragón les dijo a los gigantes:

—*“Hay una sola cosa que hará daño a Indra y a los seres humanos al mismo tiempo”.*

—*“¿Qué es?”* —gritaron al unísono los gigantes.

—*“Es muy simple”,* —dijo Vritrá,— *“robaremos las vacas de Indra”.*

Ahora, ¿qué eran las vacas de Indra? Son las nubes, las nubes que vienen al final de la estación calurosa y traen la vida dando la lluvia. ¡Estas son las vacas de Indra!

Así como nosotros, los seres humanos, somos nutridos por la leche de las vacas, así las plantas son alimentadas por la agua que viene de las nubes, y así como las manadas de animales pastan en el campo, así las nubes, las manadas de Indra, se mueven a través del cielo.

El dragón Vritrá y sus gigantes salieron y robaron las vacas de Indra. Entonces, la estación calurosa llegó a la India, vino pero no se fue. Después de tres, cuatro, diez meses, un año, la estación de lluvias aún no había venido. Todo permanecía seco y caluroso.

Pasó un segundo año, un tercero y un cuarto. Diez años más tarde aún no había caído ni una sola gota de agua. Y aún después de veinte años no había señales de nubes.

Debajo de aquella sequedad sin fin, del ardiente calor, todas las cosechas hacía tiempo que se habían marchitado y debilitado, no se podían plantar semillas nuevas, y la tierra horneada estaba tan dura que una pala no podía penetrar en ella.

Aún en los densos bosques, los árboles primero perdieron sus hojas, luego murieron y se mantuvieron negros y desnudos.

Los ríos más pequeños se habían secado y hasta el Ganges, cuyas aguas provenían de las nieves de los Himalayas, se convirtió en un diminuto arroyo, un hilo de agua tan barroso que ni aún los animales podían beber de él.

La gente de la India, hombres, mujeres y niños, moría por millones. Aquellos que sobrevivían, aquellos que vivían cerca de las nieves del Himalaya, estaban tan débiles que no podían cremar a sus muertos. Nunca antes allí había habido tanta miseria y sufrimiento entre los seres humanos. Y así pasaron treinta y nueve años.

Por supuesto, la gente rezaba a todos los dioses. Rezaban especialmente a Indra, pero aún los dioses, aún Indra, no se atrevían a ir a la guerra contra el terrible Vritrá. Entonces, en el año cuarenta de la sequía, cuando parecía que no faltaba mucho para que las últimas personas murieran, Indra se decidió a salvar a la gente de la India, antes de que fuera demasiado tarde.

Armado con su piedra de trueno trepó a su carro y condujo a Audaz y Marrón hacia las montañas donde Vritrá y sus gigantes tenían su fortaleza. Cuando Vritrá vio venir a Indra, rugió tan terriblemente que tanto el cielo y la tierra temblaron y se sacudieron. El dragón desplegó sus callosas alas y se elevó en el aire para enfrentarse con el dios y destruirlo. Indra lanzó su piedra de trueno al dragón pero cayó sobre las duras escamas rojas y no pudo hacerle daño. Los gigantes, al ver esto, se reían y vitoreaban al monstruo porque pensaron que sería el final

de Indra. Pero la piedra de trueno retornó a su mano y cuando el dragón se encabritó, la volvió a arrojar.

Esta vez, el dios apuntó al vientre de Vritrá, que no estaba recubierto de escamas. Se escuchó un trueno, un relámpago tan brillante como el sol y Vritrá cayó desde el cielo como una piedra, y murió. Los gigantes huyeron aterrorizados cuando vieron a su rey vencido.

Entonces, Indra vio una caverna en el lado de la montaña con una gran roca cerrando la entrada. El dios arrojó su piedra de trueno y la roca se rompió en mil pedacitos; ¡dentro estaban escondidas las vacas de Indra! y después de cuarenta años salieron de ella.

Pronto el cielo se llenó de nubes sobre toda India, llegaron las lluvias y llovió a cántaros. Desde las montañas y colinas se precipitaron torrentes de agua llenando los lechos de los ríos y trayendo nueva vida a las plantas.

Aún hoy la gente de la India recuerda la gran proeza de matar a Vritrá. Cuando la estación calurosa llega a su fin, cuando el tronar de los truenos y los relámpagos anuncian la llegada de la vida, dando lluvia, los indios hacen masitas y las queman en altares para demostrar su gratitud a Indra. La llegada de la estación de las lluvias en la India marca también el comienzo del otoño.

Y tal como nosotros festejamos la fiesta de Micael en su lucha contra el dragón, así la gente de la India celebra la victoria de Indra sobre el dragón Vritrá.

La captura de los pescadores

Han escuchado como la gente de la antigua India miraban las nubes y decían:
—*“Flotando en el cielo están las vacas de Indra. La lluvia que viene de las nubes alimenta a todas las plantas, así como nosotros nos alimentamos de la leche de nuestras vacas”*.

Para esta gente, las vacas aquí en la tierra y las nubes en el cielo eran iguales; en su idioma sólo tenían una palabra para nubes y vacas. En este antiguo idioma, la palabra “go” significaba “vaca” pero también “nube”. Si un hombre decía:

—*“Mi “go” tiene un ternero”*, —entonces sabías que significaba una vaca real. Si decía:

—*“Hay una oscura “go” en el cielo”* —sabías que estaba hablando de una nube.

Vacas y bueyes eran los animales más importantes en el mundo para la gente de la antigua India, tiraban de los arados sobre el campo para que las semillas pudieran ser plantadas, y daban leche con la que podía hacer manteca y queso. Hasta el excremento de la vaca era muy útil.

En un país tan caluroso no necesitan del fuego para mantenerse en calor, pero necesitas del fuego para cocinar. A veces los árboles de los bosques que podían ser talados como leña estaban a veces muy lejos. En aquellos tiempos no había ni ferrocarril ni vehículos para llevar la madera desde lejanos lugares. Entonces, ¿cómo hacía un campesino para encontrar combustible para su fuego?

Tomaba una pala y en un cubo recogía el excremento de bueyes y vacas y lo dejaba al sol para secarlo. El excremento seco quema muy bien y aún hoy en día los campesinos de la India lo utilizan, como lo hacían hace cientos de años. Pero hay una cosa muy importante, la gente de la India jamás comía la carne de las vacas y bueyes. Estaban tan agradecidos por todo lo que les daban las vacas que pensaron que sería un error matarlas para comerlas. Y así es todavía hoy en día: ¡nadie mata una vaca o un buey o un ternero para comerse la carne!

Hay una historia que les mostrará cuán estimada es una vaca. En la India, había muchos sacerdotes de Brahma. Un sacerdote es como un ministro en una iglesia. El edificio en el cual adoraba a sus dioses es llamado templo y los sacerdotes que oficiaban en tales templos son llamados brahmanes. Los Brahmanes de la India eran muy respetados por la gente, no sólo porque dirigían el culto sino porque ellos conocían las leyes y podían decirle a la gente lo que estaba bien y lo que estaba mal. También sabían cuándo era la mejor época para sembrar las semillas.

En aquellos días no había ni libros ni calendarios para saber qué día o mes era. Sólo los brahmanes sabían el momento correcto y también sabían de muchas hierbas para curar a la gente cuando se enfermaban. Pueden así darse cuenta qué importante era un brahmán en la sociedad india de esa época.

Un Brahmán que había servido a los dioses y ayudado a las personas por muchos años, decidió salir del templo para vivir solo en el bosque y dedicar todo su tiempo a sus oraciones. Así vivió sin una casa, y por comida tenía sólo las bayas que hallaba en el bosque.

A este Brahmán le encantaban todas las criaturas vivientes, pero lo que más le gustaba era ir a un río cercano y mirar los peces cuando nadaban en el agua.

Su dura vida y sus rezos devotos le habían dado poderes que la gente corriente no tiene. Uno de los poderes era este: podía sumergirse bajo el agua, echarse en el fondo del río, y quedarse allí todo el tiempo que quisiera. Como le agradaba tanto el pez, acostumbraba echarse bajo el agua muy sonriente y el pez, acostumbrado a él, jugaba a su alrededor y nadaba entre sus largos cabellos sin ningún miedo.

Como era aficionado a los peces, solía a menudo acostarse en el fondo del agua. Ningún pez le tenía miedo, por el contrario, jugaban alrededor de él y nadaban por su larga cabellera sin temor.

Un día llegaron unos pescadores a esa parte del río navegando en un bote y echaron una gran red, una red muy fuerte, dentro del agua. Cuando tiraron de ella no sólo estaba llena de peces, sino que también pescaron al hombre santo, el brahmán. Los pescadores se quedaron muy sorprendidos de haber atrapado a un hombre vivo junto con sus peces.

Cuando lo reconocieron como el hombre santo, el brahmán del bosque, estaban muy asustados de que él se enojara y los destruyera con sus grandes poderes.

Tan pronto como lo sacaron de la red y le expresaron cuanto lamentaban haberlo molestado, el brahmán dijo:

—*“Yo no estoy enojado con ustedes. Ustedes son pescadores y deber hacer esto para vivir. Y ustedes no sabían que me pescarían con su red. Pero ahora, como me han pescado, me voy a quedar con el pescado, y cuando lo vendan, deberán venderme también a mí”*.

—*“¡Eso es imposible”*, —gritaron los pescadores.

—*“El gran rey de este país, él mismo nos dijo que le lleváramos pescado de este río. ¿Cómo podemos ir y contarle que deberá pagar por el pescado y también por usted?”*

Pero el brahmán dijo:

—*“Llévenme a mí y al pescado frente al rey y entonces veremos qué es lo que sucede.*

Así, los pescadores hicieron lo que les había dicho, llevaron al hombre santo y al pescado ante el rey y le explicaron cómo habían pescado al brahmán con los peces en su red y que él hombre santo les dijo que tenían que vender juntos al pescado y al hombre.

El rey estaba aterrorizado; temía ofender al hombre santo, que con una maldición podía destruirlo.

Parado el rey en sus espléndidas ropas reales, con miedo y temblando delante del ermitaño cuyos harapos y cabellos despeinados y la barba aun chorreando agua, el rey dijo:

—*¿Por favor, dime qué debo pagarles a estos pescadores; daré cualquier cosa que desees?*

Y el brahmán contestó:

—*“Primero págalos por el pescado”*.

En aquellos tiempos, hace tanto tiempo, no había dinero ni de papel ni en monedas. Si uno quería comprar algo sólo podía hacerlo intercambiando una cosa por otra, que es lo que se llama “trueque”. La gente corriente intercambiaba algunos huevos por un trozo de manteca o quizás un ternero por una pieza de género.

Pero un rey, que tenía oro y joyas en el tesoro, pagaría con algo de eso lo que quisiera comprar. Por lo tanto, el rey dijo:

—*“Le daré a estos hombre una copa de oro por su pescados.*

—*“Sí”*, —dijo el ermitaño—, *“eso es un buen precio. Pero ¿qué les vas a pagar a ellos por mí?”*

Otra vez el rey estaba preocupado en que quizás ofendería al hombre santo. Por lo tanto, dijo:

—*“Por ti les daré a ellos la mitad de todos mis tesoros.*

—*“¿Qué?”*, gritó el brahmán—.

—*“¿Crees que sólo valgo esa basura de metal muerto y piedras?”*

—*“¡No, no! ,gritó el rey—, ¡ellos pueden tener todos mis tesoros!*

Pero el brahmán sólo sacudió la cabeza.

—“¡La mitad de mi reino!”, gritó el rey. Y otra vez el brahmán sacudió la cabeza.

—“¡Todo mi reino!”, dijo el rey desesperado.

—“Ni siquiera cientos de reinos como el tuyo son de tanto valor como yo”, contestó el Brahmán”.

Para ese entonces el rey estaba desesperado; no sabía qué hacer y le pidió al ermitaño esperar un día y así poder pensar sobre el precio correcto para pagar por el hombre santo. Sumido en sus pensamientos, el rey salió a dar una caminata por el bosque. De repente vio, viniendo hacia él, a otro ermitaño, y se apresuró a su encuentro, se inclinó profundamente y le contó sus preocupaciones. Entonces el otro ermitaño le dijo:

—“La vida de cualquier otro ser humano es inestimable, todos los tesoros y todos los reinados del mundo no pueden pagar por un ser humano. Pero los hombres no pueden vivir sin vacas, tal como las plantas no pueden vivir sin la lluvia que proviene de las vacas de Indra en el cielo”.

Y de esta manera, una vaca tiene tanto valor como un ser humano. El rey agradeció al ermitaño y se apresuró a volver a palacio. Encontró al brahmán que los pescadores habían pescado y le dijo:

—“Les daré a ellos una vaca por ti”. El ermitaño sonrió.

—“Es un precio correcto”, dijo. Bendijo al rey y retornó al bosque.

Los hijos de Pandú

De las historias que hemos aprendido sobre algunas cosas de la vida de la antigua India, hemos visto que la gente en aquel tiempo no tenía dinero. Si querían conseguir algo, tenían que hacer trueque, cambiar una cosa por otra.

También aprendimos que las vacas eran —y aún lo son hoy día— tratadas como animales sagrados, que no debían ser matados. Y en la última historia descubrimos que los sacerdotes o brahmanes eran tenidos en gran estima, que un rey estaba dispuesto a dar todo su reino como pago por un hombre santo. Pero *¿cómo fue eso de que los brahmanes comenzaron a ser honrados y respetados tan grandemente?*

Cuando Manú trajo a sus compañeros a la India los dividió en tres grupos. Le dijo al primer grupo:

—“Ustedes son los inteligentes, los sabios. Ustedes serán los sacerdotes y maestros.

Ustedes serán como la cabeza del Brahma”. Al segundo grupo les dijo:

—*“Ustedes no son tan inteligentes pero son fuertes y bravíos. Ustedes serán guerreros y reyes. Ustedes serán como los brazos de Brahma”.*

Y al tercer grupo les dijo:

—*“Ustedes no son tan inteligentes, ni son tan fuertes y bravíos como los otros, pero son voluntariosos, fieles, trabajadores. Ustedes serán campesinos, carpinteros, sastres y comerciantes. Ustedes serán los pies de Brahma”.*

Esta división aún existe en la India. El hijo de un brahmán sólo puede casarse con una mujer que sea hija de un brahmán. Y el hijo de un campesino, aun cuando sea muy rico, no se puede casar con la hija de un guerrero o un brahmán.

Hasta ahora, las historias que hemos escuchado han sido sobre los dioses o sobre brahmanes y hombres sabios. Ahora escucharemos algunas historias sobre guerreros, sobre grandes héroes.

Allí vivía una vez un rey cuyo nombre era Pandú, pero una gran desgracia vino hacia él.

Un día, mientras cazaba con arco y flecha, el rey Pandú disparó y mató accidentalmente a un hombre santo.

Estaba tan apenado por lo que había hecho, aunque no lo había hecho adrede, que no quiso ser rey por más tiempo, y decidió vivir en el bosque como ermitaño y así pagar su castigo por la muerte del hombre santo.

El rey Pandú tenía cinco hijos pero todos eran todavía muy jóvenes para ser rey en su lugar. Así que Pandú se dirigió a su hermano y le dijo:

—*“Hermano, mi corazón está apenado porque no puedo olvidar al hombre santo que maté. No deseo ser rey por más tiempo, quiero ser yo mismo un ermitaño.*

—*“¿Quieres dirigir mi reino y cuidar de mis hijos hasta que uno de ellos sea lo mayor como para poder ser rey?”*

Y el hermano le contestó:

—*“Haré ciertamente lo que me pides. Tus hijos se criarán con mis propios hijos y los cuidaré bien”.*

Así, el rey Pandú marchó al bosque acompañado por su reina que no deseaba dejarlo. El hermano de Pandú, cuyo nombre era Dritarastra, que era ciego, se hizo rey.

Hizo como había prometido y los cinco hijos de Pandú crecieron junto con sus propios hijos. Un día los príncipes estaban jugando en el jardín con una pelota y se la tiraban entre ellos. Disfrutaban del juego, hasta que uno de ellos falló la puntería y la pelota cayó en un profundo pozo.

Todos se apresuraron hacia el pozo y miraron dentro. Allí estaba la pelota flotando sobre el agua, pero tan profundo que nadie pudo alcanzarla. Tomaron largos palos y trataron de sacarla de allí, pero la pelota volvía a caer dentro del agua.

Los príncipes estaban perdiendo las esperanzas de volver a jugar con la pelota cuando vieron a un anciano brahmán observándolos con una sonrisa. Nunca lo habían visto antes, pero se dirigieron ansiosos hacia él y le pidieron que los ayudara a sacar la pelota.

El brahmán dijo:

—*¿Qué? Ustedes son príncipes reales y ni siquiera pueden sacar una pelota de un pozo. ¡Miren, es bien fácil!*

Arrancó una brizna de hierba del suelo, la tomó entre sus dedos, y la tiró dentro del pozo y se clavó en la pelota, tal como un dardo. Eso sorprendió a los príncipes, pero no sacó la pelota.

—*La pelota... consigue la pelota otra vez...*, gritaban los príncipes”.

—*Paciencia, paciencia*”, —dijo el brahmán—, *“acabo de empezar”*.

Entonces tomó otra brizna de hierba y la tiró dentro del pozo y se clavó en la primera brizna de hierba, luego tiró una tercera que se clavó en la segunda, y así siguió hasta que las briznas de hierba eran como una sogá que se subía hacia la boca del pozo. Entonces, tiró de las briznas y sacó la pelota.

Los príncipes se lo agradecieron, pero entonces le pidieron a gritos:

—*¡Enséñanos tu habilidad, enséñanos a lograrlo tan bien como tú!*

—*Entonces vayan a ver a Dritarastra, el rey ciego, y díganle que Drona ha venido*”, dijo el brahmán.

El brahmán Drona era famoso por su sabiduría y habilidad, y el rey ciego estaba muy complacido de que los príncipes hayan encontrado tan buen maestro. Drona instruyó a los siete príncipes, los cinco hijos de Pandú y los dos hijos del rey ciego.

Él les enseñó todas las cosas que los príncipes deben saber: de los poemas de sabiduría que provenían de Manú, y de cómo usar espadas y el arco y flecha con destreza.

Ahora bien, uno de los hijos de Pandú, Arjuna era más entusiasta que los demás en el uso del arco y flecha.

Una noche cuando estaba comiendo, la lámpara se apagó, pero él continuó su comida. Arjuna pensó que así como él puede llevar comida a su boca aún en la oscuridad, podría también, con práctica, dar en el blanco en la oscuridad. Desde ese momento, practicó el tiro con arco y flecha tanto de día como de noche.

Y cuando Dona escuchó el vibrar de la cuerda del arco de Arjuna en el aire nocturno, fue hasta él y lo elogió.

La proeza de Arjuna

Ya escucharon como los siete príncipes fueron instruidos por el sabio brahmán Drona en la destreza del uso de las armas y que también aprendieron muchas poesías. Recuerden que en ese tiempo no había libros porque el arte de leer o escribir aún no había sido inventado.

Historias como las que han estado escuchando y muchas, muchas más, eran contadas de una persona a otra. La gente mayor le contaba las historias a la gente joven, y cuando la gente joven se hacía mayor las contaban a la generación siguiente.

Los brahmanes también contaban historias a la gente, a los guerreros y a los aldeanos, y las historias que contaban eran especialmente largas e importantes. Y si un niño se convertía en sacerdote brahmán, parte del entrenamiento era aprender de memoria esas historias, esas largas historias.

Había algo que hacía más fácil aprender tan largas historias y poemas muy largos: ¡estaban escritos en verso!

No había libros pero la gente tenía algo realmente mejor: tenía una maravillosa memoria. Tenía mucha mejor memoria de la que tenemos hoy en día; así ella podía aprender largos poemas de memoria mucho más fácilmente que nosotros.

El poema fundamental de la religión de la India, *El Majabhárata* contiene cien mil versos, que un brahmán de esos antiguos tiempos aprendía de memoria y una vez que lo sabía nunca lo olvidaba. Y como esas historias y poemas eran aprendidos fielmente, se pasaban exactamente palabra por palabra, de los brahmanes ancianos a los jóvenes, y así por cientos de años y ni una sola palabra era cambiada u olvidada.

Sólo piensen en ello. Una generación de brahmanes venía aprendiendo los poemas, los contaban a la siguiente generación y moría. Incontables brahmanes han ido y venido, pero los poemas han sobrevivido sin cambios.

En la actualidad, todas esas historias están escritas en libros; sin embargo, los brahmanes aprenden una gran parte de ellas de memoria, aunque mucho menos que en los tiempos antiguos. Y en la historia de los cinco hijos de Pandú y de los dos hijos del rey ciego Dritarastra es una de aquellas que los brahmanes han estado contando a la gente de la India por muchos miles de años.

El sabio brahmán Drona se convirtió en el maestro de los siete príncipes. Aprendieron de él la sabiduría y el conocimiento del cual futuros reyes necesitarían en aquella época: cómo gobernar con justicia e imparcialidad, y cómo dirigir un ejército a la batalla.

Les enseñó buenas maneras de comportarse, a cabalgar, a manejar carros y a tener habilidad con la espada, el hacha de guerra y el arco y flecha. Pero los hijos de Pandú eran muy diferentes en sus habilidades.

El mayor, Ludistira, era también el más sabio de los hermanos. Era muy inteligente y cuando el maestro hacía una pregunta difícil, siempre era Ludistira quién podía contestarla primero. Pero no era tan bueno con las armas como sus hermanos.

El segundo príncipe, Bhima, no era tan inteligente, casi siempre era el último que encontraba la respuesta a una pregunta, pero era extremadamente fuerte. Su arma favorita era

la maza, una barra o palo con una pieza de metal redonda en el extremo. Cuando Bhima golpeaba con su maza las piedras, éstas se convertían en polvo y el hierro se rompía como si fuera madera delgada.

Los dos príncipes más chicos eran mellizos, Nakula y Sajádeva. No eran tan listos como Ludistira, ni tan fuertes como Bhima, pero nadie podía tratar mejor a los caballos que ellos. Cuando cabalgaban, los podían hacer galopar mucho más rápido que los otros.

El tercero era Arjuna, que como ya oyeron era bueno con todas las armas, nadie tenía puntería más segura con el arco y flecha o podía manejar un carro como él lo hacía.

Estos eran los cinco hijos de Pandú.

Los dos hijos del rey ciego Dritarastra también se hicieron guerreros fuertes y bravos, pero ellos eran a menudo celosos de los otros príncipes, sus primos, por sus logros.

Un día, el maestro Drona quiso hacerles una prueba a sus alumnos reales. Le pidió al rey ciego algo de oro y joyas y con ellos hizo un pequeño pájaro, con ojos de rojos rubíes. El brahmán colocó al pájaro en lo alto de las ramas de un árbol. Llamó entonces a los príncipes y les dijo:

—*“Ahora voy a llamar a cada uno de vosotros por turno. Cuando llegue el momento, apunten al ojo del pájaro con su arco y flecha, pero no disparen hasta que yo les diga”.*

Se volvió al príncipe mayor, Ludistira, y le dijo:

—*“Es tuyo el primer turno”.* Ludistira tomó el arco y flecha y apuntó cuidadosamente, listo para disparar a la orden de Drona. Pero éste le añadió:

—*“Antes de disparar dime si puedes ver el pájaro”.*

—*“¡Sí”,* —dijo el príncipe—, *“puedo verlo!”* Y Drona dijo:

—*“¿Puedes ver el árbol?”*

—*“¡Sí!”*, contestó Ludistira.

—*“¿Puedes verme a mí y a los otros príncipes?”*

—*“¡Sí, los puedo ver a todos!”*, fue su respuesta.

Drona preguntó lo mismo tres veces y cada vez obtuvo la misma respuesta:

—*“Puedo ver el pájaro, el árbol y a todos ustedes.”*

Cuando había preguntado por tercera vez, Drona suspiró y con voz triste dijo:

—*“Baja el arco y la flecha, Ludistira. A tí no te corresponde disparar el arco”.*

Entonces Drona llamó a los otros príncipes. Uno después del otro apuntó, y tres veces les hizo la misma pregunta que le había hecho a Ludistira. Cuando ellos dieron la misma respuesta, les pidió que bajaran el arco y la flecha y que no dispararan al pájaro.

Al final, le tocó el turno a Arjuna. Otra vez Drona preguntó:

—*“¿Ves el pájaro, el árbol, a los otros príncipes y a mí?”* Pero Arjuna contestó:

—*“No, maestro, yo no veo nada más que al pájaro”.*

—*“Describe al pájaro, ¿cómo lo ves?,* gritó Drona.

—“No te lo puedo decir, contestó Arjuna, porque yo sólo veo los rojos rubíes de sus ojos”.

Cuando Drona oyó esta respuesta estuvo encantado y gritó:

—“¡Dispara!”

La flecha de Arjuna fue volando y golpeó al pájaro que cayó del árbol, y cada uno pudo ver que la flecha había traspasado la cabeza entre los ojos color rubí.

—“Vean ustedes: cuando tengan un trabajo que hacer, deben olvidar todas las demás cosas y prestar atención sólo al trabajo”.

Arjuna fue el único que había entendido esto y así pudo pasar la prueba. Pero sus hermanos y primos no pudieron.

El viaje a Benarés

Han escucharon sobre los largos poemas en verso que los brahmanes de la India aprendían de memoria y recitaban a la gente. La historia de los hijos de Pandú es la más famosa de ellas. No hay nadie en la India de hoy día, hasta los más pobres campesinos, que no haya escuchado sobre las hazañas de Arjuna o que no conozca quién era Ludistira.

Así como todos ustedes saben sobre David y Goliat, o la historia de María, José y el Niño en el pesebre, porque son historias halladas en la Biblia, así mismo, la historia de los hijos de Pandú está escrita en el libro sagrado *Mahábhārata*, que todos conocen en la India.

Saben que los dos hijos del rey ciego Dritarastra crecieron junto a los cinco hijos de Pandú y, a medida que el tiempo pasaba, los hijos del rey ciego se volvían más y más celosos de sus cinco primos.

El hijo mayor del rey ciego se llamaba Duryodhana. Mientras crecía, había un solo pensamiento que no podía soportar y que llenaba su corazón con odio, envidia y furia salvaje.

Era el pensamiento de que cuando su padre muriera, Ludistira, el hijo mayor de Pandú sería rey, y poco a poco Duryodhana comenzó a pensar para sí:

“Yo debería ser rey cuando muera mi padre en lugar de alguno de los hijos de Pandú.”

Un día Duryodhana fue a ver a su padre y le dijo:

—“Seguramente no es justo que Ludistira deba gobernar el reino. No es tu hijo y yo deseo ser rey después de ti”.

Aunque el rey ciego hubiese deseado realmente el trono para su propio hijo, le gritó:

—“¡No puede ser! Yo le prometí a mi hermano Pandú que su hijo mayor gobernaría cuando yo muriera”. Pero Duryodhana contestó:

—“¿Qué importancia tiene que le hayas hecho una promesa a Pandú? Como sabes, su mujer, la madre de sus cinco hijos, que acompañó a Pandú en el bosque, ha vuelto con la noticia de la muerte de Pandú. Ella se está quedando con sus hijos y ahora, con Pandú muerto, no hay nadie que pueda enfrentarte en tu contra. Seguro que tú, como rey, tienes el poder de encargarte de los hijos de Pandú”.

Y prosiguió el hijo:

—“Si no te atreves a hacer algo contra ellos abiertamente, hay formas de deshacerse de ellos con astucia”.

—“¡Escúchame! He ideado un plan para matar a los cinco y a su madre, así nadie será capaz de culparte a ti o a mí”.

Cuando el rey ciego escuchó el plan de su hijo, se olvidó de la promesa que le había dado a su hermano ya muerto y estuvo de acuerdo con Duryodhana en llevar a cabo la muerte de los cinco príncipes con su malvado y homicida plan. Pronto sabremos lo que tenían en mente.

En las orillas del río sagrado Ganges había —y todavía sigue allí— una famosa ciudad llamada Benarés. Un día, cuando el rey y todos los príncipes y la corte estaban juntos, Duryodhana comenzó a alabar la belleza de esa ciudad. Habló de los hermosos edificios, de los grandes parques y jardines, y del ancho y extenso río Ganges. Cuando los cinco hijos de Pandú oyeron sobre la hermosa ciudad dijeron:

—“Nos gustaría ver Benarés y sus finos edificios. Nos encantaría ver el sagrado río Ganges, el hijo de los Himalayas”. Inmediatamente, el rey ciego dijo:

—“Entonces iréis allí, mis queridos sobrinos, y con su querida madre viajarán todos con apropiada realeza. Cada uno de ustedes viajará en su propio elefante. Espléndidos son los edificios de la famosa ciudad, pero ninguno de ellos es de suficiente valor para ustedes”.

—“Mandaré a mi propio experto constructor a Benarés. Él es un artesano más allá del elogio y él construirá una casa para ustedes, que hará que todos los otros edificios parezcan cabañas pordioseras.

—“Ustedes y vuestra querida madre tendrán una casa acorde a su realeza, una casa adecuada para reyes”.

Los cinco príncipes estaban grandemente agradecidos por tanta amabilidad y que se organizaba todo para su estadía. Mientras ellos y su madre preparaban todo para el viaje, Duryodhana envió a su experto constructor hacia Benarés para que la casa pudiera estar lista cuando ellos llegaran. Pero Duryodhana habló al constructor en secreto

y le dijo:

—*“Es mi deseo que los cinco hijos de Pandú nunca regresen de Benarés. Para ello, no construyas la casa de ladrillo y piedras sino de madera, que prenda fuego rápidamente. Y una noche, cuando todos estén dormidos, préndele fuego. Cuando la descendencia de Pandú haya sido destruida, te recompensaré con tanto oro como un elefante pueda acarrear”.*

Y el experto constructor prometió que haría lo que Duryodhana deseaba.

Ya conocen lo que hacen los carpinteros para dar brillo lustroso a una tabla de madera o armario. ¡La pintan con barniz!

En los lejanos países del este, en India, pero también en China y Japón, tienen un barniz especial muy suave y brillante que está hecho de resina de pino. Tiene un olor muy particular pero es también altamente inflamable, es decir, prende fuego y se quema muy rápidamente.

Así que el constructor partió apresuradamente hacia Benarés, llevándose trabajadores con él y comenzaron a construir una casa muy hermosa de pino, madera que quema mucho más rápidamente que cualquier otra. Cuando estuvo terminada la pintó tanto por dentro como por fuera con una gruesa capa de barniz.

Cuando el sol se reflejaba en el suave y brillante pulido de la casa, la hacía relucir. No había una casa como aquella en todo Benarés.

Al lado construyó una pequeña casa para sí mismo, así podía salir sigilosamente en la noche y no tendría que ir muy lejos para prender fuego a la casa grande de madera.

Pensó que tan pronto como el fuego estuviera ardiendo, huiría precipitadamente y pediría su recompensa a Duryodhana.

La pulida y brillante casa estaba lista y los cinco hermanos y su madre arribaron a la ciudad. Los elefantes en los cuales habían viajado fueron llevados a establos en otra parte de la ciudad. Los príncipes y su madre fueron a ver la hermosa casa cuyo primo Duryodhana le había pedido al experto constructor que hiciera para ellos.

Escapada de las llamas

Los cinco hijos de Pandú y su madre arribaron a Benarés y entraron en la hermosa casa de madera con su brillante barniz, que el constructor había hecho para ellos.

Recuerdan que el más inteligente de los hermanos era Ludistira.

Mientras los demás estaban admirando la casa y diciendo cuán generoso había sido su primo Duryodhana, Ludistira fue de pieza en pieza. Aspiró la dulce esencia del barniz y miró

las paredes de madera de pino, de la cual la casa estaba construida. Cuando había mirado todo, Ludistira fue a ver a sus hermanos y su madre y dijo:

—*“Tienen poca razón para estar tan agradecidos por la casa, porque necesita tan sólo una pequeña chispa para hacer que todo el edificio se convierta en brillantes fuegos artificiales. ¿Creen que es sólo por diversión que esta casa ha sido construida con materiales que se queman como pira funeraria, donde se creman a los muertos?”*

—*“¡No! Les digo que toda la casa es una trampa donde nuestro primo Duryodhana espera quemarnos vivos”.*

Los otros hermanos no le creyeron pero cuanto más lo pensaban más se daban cuenta que Ludistira tenía razón. Entonces, el sabio Ludistira dijo:

—*“Escúchenme. Les diré como podemos arruinar el malvado plan de Duryodhana. Cavemos un pozo profundo en el suelo, aquí dentro de la casa. Desde el pozo cavaremos un largo túnel bajo tierra que saldrá bien lejos, cerca del borde del bosque. Y a través de ese túnel escaparemos todos”.*

Bhima, el hermano fuerte, dijo:

—*“Sí, haremos un túnel, pero cuando esté listo no esperaremos a que nuestro enemigo prenda fuego a la casa. ¡Nosotros mismos comenzaremos el fuego y escaparemos, entonces Duryodhana pensará que hemos perecido en el fuego”.*

Durante la noche, cuando nadie podía observarlos, los hermanos cavaron el pozo y el largo túnel subterráneo. Por la mañana, el trabajo estaba terminado y el pozo cubierto con tablas de madera, así que nadie pudo ver lo que habían hecho.

Por supuesto, el malvado constructor no sabía nada de eso. Él estaba esperando a una muy oscura noche sin luna para poder deslizarse dentro de la casa sin ser visto e iniciar el fuego. Pero los hermanos no esperaron.

Una noche, cuando el constructor estaba profundamente dormido, Bhima prendió fuego a la gran casa. Mientras las llamas estaban extendiéndose, los hermanos y su madre levantaron las tablas de madera que cubrían el pozo, bajaron dentro e iniciaron su escape a través del túnel subterráneo, saliendo en el bosque.

Mientras tanto, la cabaña del constructor también tomó fuego y fue quemado hasta morir. Cuando llegó la mañana, la casa grande y la casa pequeña, con el constructor adentro, no eran más que un montón de cenizas. Y todos pensaron que los cinco hermanos y la mamá también habían muerto en el fuego.

Cuando la noticia de que los príncipes estaban muertos llegó a los oídos de Duryodhana y su padre ciego, pretendieron estar muy apenados. Duryodhana estallaba en llanto sobre la pérdida de sus queridos primos y el rey ciego no comió en todo el día para mostrar que estaba tan triste que hasta había perdido el apetito.

Pero muy pronto el rey ciego anunció que, debido a que todos sus sobrinos habían fallecido, su propio hijo Duryodhana sería el heredero de su reino.

Mientras tanto, los hermanos y su madre habían huido de Benarés hacia una ciudad distante. Allí, los cinco hijos de Pandú se disfrazaron de brahmanes para que nadie supiera que todavía estaban vivos.

La ciudad se llamaba Panchala, cuyo rey, llamado Drupada, tenía una hermosísima hija, cuyo nombre era Draupadi. Muchos príncipes deseaban casarse con ella, pero era difícil decidir quién era de más mérito para ser su esposo.

Un día el rey llamó al mejor fabricante de arcos de la corte y le ordenó que hiciera un arco fuerte y grande, tan rígido que era casi imposible doblarlo. Entonces el rey anunció que sería realizada una gran competencia. El primer hombre que pudiera disparar una flecha con este arco y pasarla a través de un anillo colgado de un árbol ganaría la mano de la princesa.

Cuando llegó el día de la competencia, arribaron reyes y príncipes desde toda la India, y cada uno deseaba casarse con la hermosa princesa Draupadi.

Pero en tan gran festival no había sólo esperanzados reyes y príncipes, sino también muchos brahmanes y gran multitud de observadores. Miles de personas llegaron, aguardando la entrada del rey y la princesa, para que la competencia pudiera comenzar. Y, entre la multitud, estaban los cinco hijos de Pandú disfrazados de brahmanes.

El dios disfrazado

La historia de Krishna empieza mucho antes de que él hubiera nacido. Comienza con otro rey llamado Kamsa, quien era muy poderoso. Tenía grandes ejércitos y tesoros maravillosos, pero todo eso lo había hecho muy orgulloso y presumido. No tenía corazón y era muy cruel y las personas a las que gobernaba estaban muy asustadas de él. Si, por ejemplo, el rey estaba de mal humor, quemaba la choza de algún campesino sin importarle lo que pasara.

Pero así como Kamsa era orgulloso y cruel, su hija Ashra era humilde, gentil y con clase. Ella iba a casarse con un príncipe, y una gran boda se iba a festejar. Sucedió que cuando el rey Kamsa estaba camino a la boda, vio a un ermitaño sentado a orillas del camino. El ermitaño le dijo:

"Grande sea Usted, rey Kamsa, pero el octavo niño que nacerá de su hija será más grande que usted, y lo destruirá".

Cuando Kamsa oyó esto, se apresuró hacia el gran salón donde todo estaba listo para la boda, gritó a su hija y a su novio que no habría ninguna boda, porque uno de sus niños futuros lo mataría. La hija y el príncipe le suplicaron. Ellos prometieron que le traerían a cada

niño en cuanto naciera, y él, el rey Kamsa, podría decidir si el niño debía vivir o morir. Y con esto el rey estuvo de acuerdo.

El primer niño nació, como era una niña, Kamsa no pensó que sería peligroso para él y le permitió vivir. El próximo niño era un muchacho. No parecía un bebé fuerte, así que a él también le permitió vivir. Así siete niños nacieron a Ashra y a cada uno se le permitió vivir.

Pero el rey no había olvidado la profecía. Un día, sus espías fueron donde él y le dijeron que su hija esperaba otro bebé, el octavo. Entonces determinó, que la princesa y su marido no le jugarían ningún truco, así que mandó apresarlos y colocó a sus soldados de guardia afuera.

La princesa y su marido eran muy infelices, pues veían que no había esperanza para que el niño viviera por más de unas horas después de haber llegado al mundo. Así que ambos oraron a los dioses, porque ahora sólo ellos podían ayudarlo.

Una noche, el príncipe, -el padre-, vio en un sueño al Dios del Trueno. El dios le habló y le dijo:

"El niño que les nacerá no será un hombre ordinario. Uno de los dioses, Vishnu, nacerá como un ser humano en este niño. Por eso no teman. Cuando el niño nazca, salgan de la prisión y bajen al río donde un hombre pobre y su esposa viven. Ella tendrá un bebé al mismo tiempo. Tú debes dejar a tu niño con las personas pobres y retornar a la prisión con el de ellos".

Cuando el príncipe despertó, deseó saber cómo sería posible lograr todo lo que el dios Indra había dicho. Él y su esposa se sintieron más felices porque sabían que los dioses los estaban ayudando.

La siguiente noche hubo una gran tormenta y, mientras los vientos aullaban afuera, la princesa dio a luz a un varón. El viento era tan fuerte que los soldados no pudieron oír el menor grito, pero lo más extraño aún era que los soldados que permanecían de guardia, estaban tan cansados que no podían mantenerse despiertos y, uno por uno, fueron cayendo dormidos sobre la tierra.

Entonces, ante los ojos asombrados del príncipe y de su esposa, la puerta de la prisión se abrió. Ellos pudieron haber huido, pero sabían que los soldados del rey Kamsa les atraparían fácilmente con el niño al día siguiente, obedecieron las órdenes del dios del Trueno.

La princesa se quedó en la prisión, mientras que el príncipe llevó al niño a la choza del hombre pobre cerca al río. El hombre y su esposa estaban dormidos, pero al lado de la mujer había un niño recién nacido. El príncipe, rápidamente, puso a su hijo en su lugar, tomó al otro niño y se dio prisa para regresar a la prisión. Tan pronto como estuvo de vuelta, se cerraron detrás de él las puertas.

A la mañana siguiente, los guardias se despertaron, vieron al niño recién nacido y llevaron la noticia al rey Kamsa. El rey malo caminó hacia la prisión y con su propia espada golpeó al niño y lo mató. Después permitió que la princesa y el príncipe salieran libres. Ahora el rey se sentía seguro porque él pensaba que había matado al octavo niño de su hija. Éste había escapado de la espada de su abuelo el malvado rey Kamsa, pero existían otras amenazas por venir. Conforme los meses pasaban, muchos demonios y malos espíritus

empezaban a ver que él era un niño con gran poder, pues había sido enviado por los dioses, así que decidieron destruirlo mientras fuera aún pequeño.

Un día, un diablillo, disfrazado de una mujer campesina, llegó a la choza de los padres adoptivos y dijo a la madre:

"He oído de la ternura del pequeño niño que has tenido. ¡Oh, qué niño tan dulce! ¿Por qué no lo cuido yo mientras usted continúa con su trabajo?"

La mujer pobre se sintió muy agradecida por tal ofrecimiento y salió a trabajar. La campesina visitante se quedó con el niño dentro de la choza. En cuanto la mujer-demonio se quedó a solas con el niño, puso sus dedos rodeando la garganta del niño para estrangularlo, pero un fuego salió del niño y la mató.

Cuando la madre adoptiva retornó, vio un monstruo medio quemado y muerto que tenía la cabeza de una cabra y el cuerpo de un pájaro, y que yacía al lado de la cuna del bebé.

Cuando el niño, que se llamaba Krishna, creció y se hizo mayor, solía ir con los otros muchachos a mirar encima de las colinas las manadas de vacas pastando. Allí de nuevo los demonios trataron de matarlo. Uno esperó, transformado en serpiente venenosa, oculto en el césped. Cuando el muchacho iba llegando cada vez más cerca y más cerca a la serpiente, ésta se alistó para tumbarlo y morderlo. Repentinamente, Krishna saltó y cayó con su talón derecho sobre la cabeza de la serpiente y la aplastó.

En otra ocasión, un demonio se había convertido en un ternero. El joven Krishna, que era aficionado a los terneros, solía ir a jugar con ellos y se subía sobre sus espaldas. Un día, vio un ternero negro entre los otros y subió sobre él, pero entonces este ternero negro galopó lejos hacia un precipicio con el fin de tirar a Krishna y matarlo. En el último momento, Krishna saltó hábilmente de la espalda del ternero y le dio un puntapié que lo envió hacia el precipicio, estrellándose contra las rocas. Después de eso, los demonios se dieron cuenta de que no tenían poder para destruir a aquel niño.

Cuando Krishna fue mayor, llegó a ser un gran vaquero; y en esa parte de la India, todos los vaqueros tocaban una flauta de bambú. Krishna también aprendió a tocarla; pero nadie la tocaba como él podía hacerlo. Las personas venían de lejos para escucharlo, y los animales también amaban su música. No era sólo que las vacas paraban de rumiar y se colocaban alrededor de él, también lo hacían los zorros, lobos, tigres y ciervos, y podían estar pacíficamente, lado a lado, escuchándolo silenciosamente. Los monos paraban de charlar y los pájaros bajaban de los árboles Krishna para oír a tocar la flauta.

Las personas, por supuesto, hablaban acerca del extraño joven vaquero, así que el malvado rey Kamsa también llegó a oír de él. Entonces sintió un miedo extraño y gran asombro por este joven al mismo tiempo. *¿Quizás, después de todo, el octavo hijo de su hija estaba todavía vivo?* Así que el rey decidió ir en busca del ermitaño que una vez había hablado con él en la orilla del camino.

Cuando encontró al viejo ermitaño le dijo:

"Eres un santo varón y no puedes mentir, así es que dime, ¿está el octavo hijo de mi hija todavía vivo?"

El ermitaño tuvo que contestar:

-*"Sí"*,

Pero él también sabía que la voluntad de los dioses era que Kamsa llegara a saberlo. Entonces Kamsa volvió a preguntar:

-*"¿Es el extraño joven vaquero del que hablan?"*.

De nuevo el ermitaño dijo:

-*"Sí"*.

Ahora el Rey Kamsa sabía la verdad, su malvado corazón se llenó de enojo y furia. Pensó un largo rato antes de decidir qué hacer. Entonces envió un mensaje al hombre pobre y a su mujer invitándolos, a ellos y a su hijo, a asistir a un gran torneo que sería llevado a cabo en la corte real.

El mensajero del rey Kamsa, era una persona amable y había mirado la cara del Rey cuando le dio la orden de invitar a Krishna y a sus padres, y sabía que había mala intención en ella. Cuando encontró la choza, el mensajero le dijo a Krishna:

-*"Debo obedecer la orden del rey de invitarlo, pero le advierto que no vaya"*.

Krishna le sonrió y dijo:

-*"No tema usted por mí. Iré, pero sólo mis enemigos sufrirán"*.

Y así los padres adoptivos y el joven Krishna salieron para el torneo en la corte real. Aunque había sido advertido, Krishna había aceptado la invitación del malvado rey Kamsa para ir al torneo. Había gran muchedumbre esperando mirar el espectáculo, pero cuando Krishna llegó, todos ellos lo miraron fijamente. Ninguno había visto a un joven tan apuesto, alto y fuerte, y todos ellos podían sentir que el muchacho tenía una clase de poder que nunca se había visto antes en ningún ser humano común. Todos ellos susurraron:

-*"Es como un rey, aunque se vista como un vaquero"*.

Dentro de la muchedumbre, se encontraba una mujer fea y jorobada que parecía que había conocido poco la felicidad en su vida. Cuando esta mujer deformada apareció ante Krishna, con temor y maravillada, suspiró y pensó para sí misma:

-*"Los dioses deben amar mucho a este joven para haberlo hecho tan gallardo. Quizás ellos no me amen y es por eso que me hicieron tan fea."*

Justo cuando Krishna pasaba cerca de ella, él le sonrió y le dijo -como si él pudiera leerle sus pensamientos-:

-*"Pero tú no eres fea, y los dioses te aman"*.

Luego él se agachó y la besó en la frente. En ese momento ella cambió de aspecto: su joroba desapareció, las arrugas por la edad desaparecieron, sus rasgos feos llegaron a ser bellos, transformándose en una joven hermosa y amable. Todas las personas a su alrededor vieron lo que pasó allí y abrieron la boca con asombro, pero Krishna continuó caminando y fue al gran campo donde el torneo estaba a punto de empezar.

Primero iría a realizarse una lucha donde los hombres más fuertes que existían en el reino estaban dispuestos a competir por el premio: una taza dorada que el rey Kamsa entregaría al ganador. Pero los hombres más fuertes no podían compararse con Krishna. Uno

después de otro, Krishna los fue derrotando. Ganó el concurso y subió donde estaba el rey Kamsa para recibir el premio.

El rey, por supuesto, sabía bien quién era este joven; podía ver en sus rasgos el parecido con su hija. No había ninguna duda de que éste era el octavo niño que él había pensado que estaba muerto. El malvado rey estaba seguro que podría acabar con él, y sosteniendo la taza dorada en su mano dijo:

"He llenado la taza con mi mejor vino para refrescarte después del trabajo duro del combate. ¡Ven y bebe, amigo mío!"

El Rey Kamsa había puesto un veneno terrible en el vino; una gota de ese veneno era suficiente para matar a cualquier persona. Krishna miró la taza que se le ofreció y dijo:

"Bebe de él tú primero, gran rey." El rey tembló, la taza cayó de sus manos y se fue corriendo a su palacio.

Krishna lo siguió porque sabía que era su tarea matar a Kamsa. Cuando el rey vio que Krishna iba en dirección al palacio, envió a sus guardias y soldados para pararlo, pero Krishna los atacó con su espada, y se rindieron ante él como si él solo fuera un ejército poderoso. Entonces el rey Kamsa envió a su manada de elefantes guerreros para atacar a Krishna, pero éste sacó su flauta y comenzó a tocarla. Las grandes bestias se arrodillaron ante él y le permitieron pasar.

Así fue que Krishna entró al palacio. Todos habían huido, excepto el rey Kamsa, pues sabía que no tenía ninguna escapatoria, y que la profecía del ermitaño llegaría a ser verdad.

Entonces Krishna le preguntó:

"¿Qué he hecho para que usted trate de envenenarme?"

Kamsa dijo:

"Eres de mi hija, y se predijo que tú, su octavo hijo, me matarías. Así es que traté de matarte cuando eras todavía un bebé".

Y Krishna dijo: *"¿Cómo es que fui salvado?"*

Kamsa respondió:

"Debo haber matado a otro niño en tu lugar pensando que eras tú".

Con una voz parecida al trueno, Krishna contestó:

"Has matado a un niño desvalido, y has ofendido a los dioses por el mal que has hecho".

En su desesperación, Kamsa desenvainó su espada, pero Krishna ya estaba listo. Con su espada le atizó un golpe y el rey murió.

Las personas de aquella tierra se regocijaron de que el malvado rey hubiera muerto; entonces Krishna llegó a ser rey. Sus verdaderos padres vinieron a vivir con él, y sus padres adoptivos fueron bien premiados. Por muchos años, Krishna gobernó su reino con sabiduría y poder. Él luchó contra el Mal dondequiera que se hallara. Y cuando Krishna murió, su alma se unió a los dioses como si fuera uno de ellos.

Arjuna conquista a la princesa

La competición por la atractiva princesa Draupadi era un gran festival. A los bordes y alrededores de un gran campo verde habían sido construidas galerías que estaban llenas, repletas de nobles, cortesanos, damas y todos los reyes y príncipes que habían venido a probar su fuerza con el gran arco. Alrededor del campo había una vasta multitud de gente de la ciudad y de la campiña, todos deseosos de mirar la competición. También había un lugar especial donde estaban parados los brahmanes en sus ropas blancas y, entre ellos, estaban los cinco hijos de Pandú. Tan grande era la cantidad de gente que había venido a ver la competición que el clamor de sus conversaciones era como el sonido de grandes olas en el mar.

Cuando la princesa Draupadi llegó con su padre, el rey, todos hicieron silencio. Su rostro era dulce y gentil, sus ojos, grandes y oscuros, y sonrió a la muchedumbre. Llevaba puesto un sari de seda rojo profundo. En su mano llevaba una guirnalda y una corona de hojas de oro y flores hechas con joyas, la cual sería entregada al ganador de la competición.

Cuando el rey y la princesa estuvieron sentados, un brahmán cuyo pelo y barba eran blancos por la edad, se aproximó a un altar que estaba colocado en el campo. Sobre el altar había pasto seco y colocó aceite sobre el mismo. El brahmán recitó los versos santos de la plegaria, prendió el fuego y cuando las llamas se elevaron, pidió a los dioses que bendijeran la competición.

Comenzó el certamen y se adelantó el primero de los muchos reyes que habían venido a conseguir a la bella Draupadi. Era un hombre alto de mirada fiera, con una larga barba negra. Bajó al campo, levantó el pesado arco, que era más alto que un hombre, colocó una flecha en la cuerda e intentó estirarlo. Pero aunque ponía todas sus fuerzas, en arco no se combó ni un poco. Hubo risas tontas entre la multitud pues ver a un hombre tan fuerte y alto tirando con todas sus fuerzas sin ningún resultado parecía más bien gracioso.

Eso enojó mucho al rey arquero. Con la cara roja y sudorosa por sus esfuerzos intentó otra vez, pero el arco no se combó. Avergonzado, tuvo que dejar el arco y dar lugar al siguiente pretendiente.

Uno tras otro, todos los reyes y príncipes que probaron sus fuerzas fallaron. Algunos trataban tan duro que forzaban sus brazos y no pudieron usarlos por varias semanas. Ninguno logró combar el arco. Aunque Arjuna había venido con sus hermanos sólo a observar la competición, cuando vio a la hermosa princesa Draupadi sintió que nunca podría amar a ninguna otra mujer que no fuera ella. Cuando todos los reyes y príncipes habían fallado en el intento, Arjuna dio un paso dentro del campo.

Un murmullo de sorpresa surgió de la muchedumbre, porque veían a un hombre en las ropas blancas de brahmán, acercarse al lugar que ocupaban el rey y la princesa. Cuando Draupadi miró a Arjuna, su corazón pareció dar un pequeño salto y murmuró una plegaria

a los dioses para que lo convierta en el ganador de la competición. Pero su padre, el rey, mostraba muy mal talante cuando vio al brahmán tomar el arco. Quería como yerno a un gran príncipe o rey y no a un sacerdote que nunca sería líder de un gran ejército o pelearía una batalla.

Todos los ojos observaban intrigados cuando el joven hombre vestido de brahmán levanto sus manos rezando a los dioses. Levantó luego el arco, puso una flecha, apuntó y estiró la cuerda. El arco se curvó tan fácilmente como si hubiera sido el tallo de una flor. Y entonces dejó volar a la flecha, que silbó a través del aire y atravesó limpiamente el arco colgado del árbol.

Después de un mudo silencio, la multitud explotó en vítores y aplausos. Sonó como un trueno. Sólo los reyes y príncipes derrotados callaron enojados y tristes. Pero el corazón de la princesa Draupadi estaba lleno de júbilo. Bajó de su sitial, avanzó hacia Arjuna y colocó la guirnalda de oro sobre sus hombros. Arjuna la tomó de la mano y la condujo junto a sus hermanos. Juntos, hicieron rápidamente el camino entre la multitud y la pequeña casa donde su madre estaba esperándolos.

El viejo rey Drupada, el padre de la princesa Draupadi fue tomado totalmente por sorpresa. Este extraño joven brahmán se había llevado a su hija. Ambos habían desaparecido entre la multitud y él ni siquiera sabía a dónde habían ido. Así que el rey llamó a su hijo Drishtadyumna, el hermano de Draupadi, y le dijo:

–*“Ve a la ciudad. Averigua dónde se han ido y entonces me informas lo que has visto”.*

El hermano fue a la ciudad y preguntó a la gente si habían visto a un brahmán con la guirnalda de oro y una señorita en sari rojo oscuro. Después de preguntar incontable veces llegó a una pequeña casa con paredes muy finas. Cuando puso su oreja en la pared pudo oír a la gente en su interior hablando, y los escuchó llamándose uno al otro con los nombres de Ludistira, Bhima, Arjuna...

Él sabía que estos eran los nombres de los famosos hijos del rey Pandú y, por lo tanto, no eran brahmanes. El hermano de Draupadi se apuró para volver al palacio e informar al rey. Su padre estaba rebosante de alegría con la noticia que su hermosa hija no se iba a casar con un brahmán sino con un famoso príncipe. Envío carruajes y sirvientes a la casa para llevarlos de vuelta a palacio.

Al principio, los hermanos continuaron tratando de pretender ser brahmanes, pero finalmente tuvieron que admitirle al rey quienes eran.

Hubo gran júbilo y se llevó a cabo la fiesta de casamiento. Por supuesto que la noticia de que la princesa Draupadi se había casado con Arjuna pronto se difundió por todas partes.

Así, el malvado Duryodhana y su padre Dritarastra, el rey ciego, llegaron a saber no sólo que los cinco hermanos estaban vivos sino que, a través del casamiento, se habían hecho parientes de un rey grande y poderoso. Ni a Duryodhana ni a su padre les resultó en absoluto agradable esta noticia y se preguntaban qué hacer. Al fin, el rey ciego dijo:

—“Yo ya he declarado delante de la gente que tú serías mi sucesor en el trono. Pero si tratamos de ser amigables con los cinco hermanos estoy seguro de que estarán de acuerdo en tomar sólo la mitad de mi reino y tú podrás quedarte con la otra mitad”.

Por lo tanto, fue enviado un mensajero a los hermanos. Decía cuán complacidos estaban el tío y el primo de escuchar que no habían perecido en el incendio y los invitaba a volver para que el reino pudiera ser justamente dividido.

Los cinco hijos de Pandú fueron generosos y perdonaron. Volvieron a su propio reino con su madre y la princesa Draupadi. Y cuando Dritarastra, el rey ciego, les imploró que tomaran la mitad del reino y dejaran la otra a su hijo Duryodhana, aceptaron con gusto para mantener la paz de la familia. De cualquier forma, la paz no duraría mucho.

Fatal juego de dados

Dritarastra, el rey ciego, había persuadido a los cinco hermanos de compartir el gran reino con su hijo Duryodhana. Los hermanos tomarían una mitad y Duryodhana tomaría la otra. Pero cuando el rey ciego dividió las tierras lo hizo injustamente. Su hijo recibió la mitad de la campiña donde había espléndidas ciudades, grandes manadas de ganado pastaban en campos verdes y los campesinos cosechaban abundantes cultivos cada año. La otra mitad dada a los cinco hermanos era de densos bosques y tierra pedregosa, había seis pequeñas villas y la gente era pobre.

Los hijos de Pandú, sin embargo no estaban desanimados ni argumentaron con Duryodhana o su padre. En vez de eso fueron con los campesinos y les dijeron:

—“Si nosotros realmente trabajamos duro, entonces esta tierra, pobre como parece, nos hará ricos y acaudalados más allá que cualquier cosa que Duryodhana tenga. El trabajo de manos humanas voluntariosas puede crear riquezas de desiertos estériles y bosques salvajes”.

Así, todos se pusieron a trabajar. Tiraron abajo bosques para crear campos y construyeron canales para llevar el agua del río y regar la tierra estéril. Así, la simiente pudo crecer y hubo cosechas abundantes. Construyeron hermosas ciudades, echaron y apresaron a los ladrones que habían hecho al territorio inseguro para la gente honrada.

Tan grande devino la fama de los cinco hermanos que gente de todas partes de la India iba a vivir en su campiña. En unos pocos años la región que Ludistira y sus hermanos gobernaban comenzó a ser próspera. Tenían más gente, más riqueza y más ciudades bellas que le región de Duryodhana.

El corazón de Duryodhana estaba carcomido por envidia y codicia. Ya no estaba satisfecho con sus ricas tierras, ¡quería las de sus primos también!

En aquella época, un guerrero, un príncipe o un rey no podía nunca rehusar el reto para una pelea. Si otro rey o guerrero decía:

-“¡Pelea conmigo o eres un miserable cobarde!”, el interpelado debía, por supuesto, ir y pelear, aún si su enemigo era más fuerte.

Había, sin embargo, otra forma de reto que ningún guerrero, príncipe o rey tampoco podía rehusar y esa forma era “el desafío a un partido de apuestas”, pero en aquellos tiempos no había cartas para jugar y apostar.

La gente tiraba los dados y si su puntaje era mayor que el que obtenía el tiro del contrincante, ganaba. Si obtenía menos puntos, perdía.

Así ocurrió que el hábil Duryodhana invitó a Ludistira a una partida de apuestas. Sabía que Ludistira perdía toda su inteligencia cuando apostaba. Lo que era peor, una vez que Ludistira comenzaba a apostar, la excitación tomaba control sobre él, no podía parar sin importar cuánto hubiera perdido. Y siendo un guerrero y un príncipe, no pudo rehusar la invitación de su primo Duryodhana.

Así, los cinco hermanos y la hermosa princesa Draupadi fueron a la ciudad donde gobernaba Duryodhana para tomar parte en el partido de apuestas que ninguno de ellos jamás olvidaría.

Habían traído oro y joyas con ellos. Y cuando Ludistira y Duryodhana comenzaron a tirar los dados jugaron, al principio, por el tesoro. Duryodhana tenía listo su tesoro, en el caso de que perdiera. Pero no tenía miedo de perder. Su propio dado estaba trucado para que siempre sacaban el número más alto.

Cuando Ludistira perdía tiro tras tiro, todo el tesoro que había traído era para Duryodhana. Pero en ese momento Ludistira había sido poseído por el partido y ya no pudo parar. Dijo:

-“Ahora apostaré todos mis elefantes contra ti. Si gano, me devuelves mi tesoro. Si pierdo, todos mis elefantes son tuyos”. Pero Ludistira perdió otra vez.

A continuación perdió todos sus caballos, sus ciudades, sus campos, y su ganado. ¡En poco tiempo todo el reino fue perdido! Pero esto no fue el final. Ludistira se volvió a sus hermanos y dijo:

-“¡No me queda nada más para apostar, excepto ustedes, mis hermanos! Sí pierdo, ustedes y yo seremos esclavos de Duryodhana. Pero si gano, todo lo que he perdido será mío otra vez”.

Los hermanos no iban a fallarle a Ludistira y estuvieron de acuerdo, mientras Duryodhana sonreía.

Había muchos observadores en el partido, pero todos mantenían un silencio mortal mientras se hacía este fatídico tiro. Cuando Duryodhana y Ludistira habían tirado sus dados, era claro que Ludistira había perdido. Desesperado gritó:

—*¡Mis hermanos y yo somos tus esclavos, pero la reina Draupadi aún es libre!*

Se jugó el último tiro entre la reina Draupadi y todo lo perdido. Otra vez Duryodhana asintió y el dado rodó. Otra vez perdió Ludistira y también Draupadi estaba perdida.

Duryodhana rió fuerte y gritó:

—*¡Pónganse de rodillas ante vuestro amo, esclavos! ¡Y tú, esclava mujer, Draupadi, échate a mis pies junto al taburete.*

Pero en ese momento hubo un terrible ruido. Era el graznido de cientos de cuervos que de repente volaron sobre el palacio, y como respuesta al graznido de cuervos, vino un fuerte rebuzno de todos los burros guardados en los establos del rey. Entonces el rey ciego apareció tropezando en la pieza donde estaban jugando y gritó:

—*¿No saben que cuando los cuervos graznan y los burros contestan significa que los dioses han mandado una maldición contra ti?*

-*¿Qué has hecho Duryodhana para atraer esa maldición sobre nosotros?"*

Duryodhana le contó que él había ganado los cinco hermanos, a Draupadi y toda la tierra en el juego de dados. Pero el rey ciego gritó:

—*¡No, todo lo que has ganado es más bien nada si los dioses te maldicen!*

-*¡Tira los dados otra vez! Si Ludistira gana todo lo que ha perdido será otra vez de él. Pero si pierde, entonces, él, sus hermanos y Draupadi deberán ser libres. Harán una promesa de irse y vivir trece años en el bosque como ermitaños. Si vuelven antes de ese tiempo, ellos serán tus esclavos por romper la promesa.*

Duryodhana no estaba conforme con la idea de su padre. Como tenía miedo por la maldición de los dioses si mantenía a los hermanos como esclavos, aceptó.

Una vez más el dado fue tirado y Ludistira perdió. Entonces, los hermanos y Draupadi cambiaron sus ropas reales por las pieles ásperas de animales de los ermitaños. Dejaron el país, que ahora era posesión de Duryodhana y se volvieron al bosque.

¡Nunca, ninguno de ellos reprochó a Ludistira lo que había pasado! Lo que había pasado, había pasado y era mucho más importante que ellos se apoyaran unos a otros en los duros años por venir. Y por el hecho de que vivieron en el bosque fue que Arjuna encontrara el arma que un día derrotaría al malvado.

El arco Gandiva

La vida en los bosques fue cruel y severa para los hermanos y Draupadí. La reina se había acostumbrado al confort de una corte real durante toda su vida, pero ahora no tenían ni techo sobre sus cabezas. Tenían que comer fruta salvaje, bayas y raíces, y no tenían más que hojas caídas para sus camas.

Ludistira, mientras tanto, pensaba en el tiempo. Terminarían los trece años, Duryodhana trataría de destruirlos otra vez y parecía seguro que los cinco hermanos tenían que pelear con su primo. Pero ¿cómo podrían pelear contra el gran poder que había adquirido al sacarle a ellos sus tierras?

Un día, mientras Ludistira reflexionaba esta pregunta de repente un brahmán estaba parado ante él. El brahmán dijo:

—“Tú corazón, ¡oh, noble rey!, está preocupado por el gran poder y fuerza de tu enemigo. Pero nadie en el mundo puede levantarse en contra de tu hermano Arjuna. Si él va hacia las montañas, arriba en los hielos y nieves del Himalaya, y vive allí consigo mismo en profunda plegaria, un gran dios se le aparecerá. De aquel dios, él recibirá el poder de derrotar a vuestro enemigo”.

Entonces el brahmán desapareció y nadie sabía de dónde había venido, cómo sabía de las preocupaciones de Ludistira o adónde se había ido. Pero cuando Arjuna escuchó lo que el brahmán había dicho, partió inmediatamente hacia las grandes montañas.

Allí arriba, donde los campos de nieve se veían debajo de él, había aún menos para vivir de que lo que había habido en el bosque. Unas pocas hojas marchitas y las raíces de algunas plantas fue todo lo que pudo encontrar. Ahora, si uno vive una vida corriente como lo hacemos todos nosotros, no sería posible vivir con tan poco. Pero Arjuna no estaba trabajando, y no estaba jugando o divirtiéndose. Él estaba sentado en profunda plegaria durante muchas horas al día y por la noche.

Si uno vive de esa manera, el cuerpo saca su fortaleza de la plegaria, no de la comida, y requiere solamente muy poco alimento para mantenerse vivo y sano. Pero también había animales salvajes en las montañas y Arjuna había traído su arco, para protegerse.

Un día estaba orando cuando fue molestado por un cerdo salvaje con largos y afilados colmillos. Cuando la bestia se abalanzó hacia él, rápidamente tomó su arco y flecha y disparó. Golpeó al jabalí y éste se desplomó. Pero Arjuna se sorprendió mucho cuando se dio cuenta de que había, nada menos que dos flechas en el cerdo muerto.

Entonces vio al otro cazador, alto y majestuoso, que le dijo:

—“¡Este cerdo es mío, mi flecha lo atravesó! ¿Quieres pelear contra mí por él?”

Arjuna también era un guerrero, por lo que no pudo evitar el desafío. Levantó su arco otra vez y disparó una flecha al extranjero, pero la flecha simplemente traspasó al otro hombre, sin hacerle ningún daño. Y así pasó con la segunda y la tercera.

De repente, se dio cuenta de que su espera había terminado y que ahora estaba parado ante el dios con el cual él había venido a encontrarse en las montañas. Se arrodilló y ante sus ojos el extraño parecía crecer, su cabeza parecía que tocaba las estrellas y aún las montañas del Himalaya parecían pequeñas a su lado.

Arjuna también vio que había una gran compañía con el extraño, que parecía como cientos de personas, hombres, mujeres, niños, reyes, sacerdotes y pordioseros.

Entonces, el extraño le preguntó:

—“¿Conoces a alguna de estas personas que ves ahora?”

Arjuna respondió:

—“¡No, señor, no conozco a ninguno de ellos todavía; de alguna manera, tampoco me parecen desconocidos. Debe ser gente que yo he conocido hace mucho, mucho tiempo”.

Y el extraño exclamó:

—“¡Yo soy el rey Indra y te revelaré quienes son esta gente. Tú, Arjuna, y todos los demás seres humanos no están aquí en la Tierra por primera vez. Mucho tiempo antes de que hubieras nacido como Arjuna vivías como un brahmán. Ese brahmán murió pero su alma sobrevivió y volvió a nacer como Arjuna. Aún antes de vivir tú como un brahmán, tú tenías otra vida en la Tierra como un campesino humilde. Y aún antes de eso, habías tenido otras vidas. Tú has ido pasando muchas vidas aquí en la Tierra, Arjuna, y en todas esas vidas tú a menudo ayudabas a otra gente”.

—“¿Ves a esa mujer?”

—“Hubo una vez una gran hambruna en el país y ella se estaba casi muriendo. Tú eras solamente un campesino allí y tenías muy poco para tí mismo. Pero lo que tenías lo compartiste con ella y así salvaste su vida.

—“¿Ves ese niño allí?” Fue atacado por un tigre en el bosque. Tú eras un rey y, aunque sólo tenías una espada, cuando viste lo que ocurría fuiste a rescatarlo. Combatiste al tigre con tu espada, lo ahuyentaste y salvaste la vida del niño”.

—“Toda la gente que ves en esta gran compañía, Arjuna, es gente a quien tú les has hecho algún bien. Cada uno ha estado agradecido hacia ti y pensaron en ti con amor”.

El dios Indra siguió diciendo:

—“¿Has visto alguna vez muchos arroyos unirse para formar un gran río? Así también se han unido la gratitud y el amor de estas personas para hacer un gran poder mágico. Ese poder ahora descansa en un gran arco mágico y en algunas flechas que yo te daré. Ningún cuerpo podrá enfrentarse contra ti cuanto tú uses este arma, el arco llamado Gandiva”.

-“Pero recuerda una cosa, el arco Gandiva nunca podrá ser usado contra un enemigo más débil que tú; nunca debe ser usado para una causa equivocada o injusta. Debe ser usado solamente cuando todas las demás armas hayan fallado”.

Indra le dio a Arjuna un poderoso y brillante arco. Al instante, el dios y toda la gente habían desaparecido. Arjuna quedó solo parado al lado de la montaña con el arma mágica, el arco Gandiva, en sus manos. Y se acercaba el tiempo en que él lo necesitaría contra el poder de su malvado primo Duryodhana.

La gran batalla

Cuando pasaron los trece años, los cinco hermanos y la reina Draupadi abandonaron el bosque. No habían olvidado todas las cosas que Duryodhana les había hecho, como el incendio de la casa en Benarés o que le diera sólo la mitad del reino de su padre, que por derecho le correspondía completo. Y luego les había robado incluso todo eso en un juego de dados, y que habían sido forzados a vivir trece años en el bosque.

Pero había llegado la hora en que ellos querían tener las posesiones que le eran propias por derecho y verdad. Por lo que le enviaron a Duryodhana un mensaje pidiéndole que les devolviera su mitad del reino.

Durante aquellos trece años, Duryodhana se había vuelto grande y poderoso, y tenía grandes generales y miles de bravos guerreros. Otros reyes se hicieron amigos y aliados y prometieron pelear a su lado, si alguna vez era atacado. Hasta Drona, el maestro de los príncipes, había jurado ayudarlo.

Y así Duryodhana, orgulloso de su propio gran poder y por los muchos reyes que existían a su lado en caso de una guerra, le dio como respuesta:

–“Si los hijos de Pandú fuesen realmente guerreros, ellos vendrían y pelearían por lo que ellos quieren en lugar de rogar por ello como pordioseros de baja estirpe”.

Entonces, los hermanos comprendieron que nunca obtendrían de vuelta sus tierras —la tierra que una vez le había pertenecido a su padre Pandú— sin dar batalla.

Pero los cinco hermanos también tenían amigos. Tenían al padre de Draupadi, grande y poderoso rey, y había otro rey, Krishna, que quería ayudarlo.

El rey Krishna era la encarnación del dios Krishna, que había nacido como hombre para ayudar a los seres humanos en su lucha contra el mal.

La gente de la India estaba dividida en dos mitades: entre aquéllos que estaban del lado de Duryodhana y los que estaban del lado de los hijos de Pandú.

En todo el país, los hombres colgaban sus arcos al hombro, ceñían sus espadas alrededor de sus cinturas, y dejaban sus hogares para pelear por Duryodhana o Ludistira.

Los comerciantes enterraban sus riquezas bajo la tierra por miedo a que los soldados pudieran robarles, y los campesinos guardaban rápidamente sus cosechas antes que el ejército pisoteara sus campos.

La terrible palabra, guerra, sonó desde las nieves permanentes del Himalaya hasta las ciudades en las orillas del mar de la India.

Y los dos poderosos ejércitos, el de Duryodhana y sus aliados y el de Ludistira y sus amigos, se encontraron en una gran llanura, llamada Kurukshetrá.

La noche anterior a la batalla, cuando miles de bravos guerreros dormían quizás su última noche en la tierra, porque muchos perderían sus vidas en la batalla, Krishna de repente se paró ante Duryodhana y dijo:

–“Puede aún haber paz y la salvación de muchas vidas, si le das a Ludistira lo que le pertenece por derecho”.

Pero Duryodhana no lo escuchó y Krishna lo dejó.

Siendo aún temprano de madrugada, cuando todavía todos dormían, Krishna fue ante Arjuna y le dijo:

–“Tu primo Duryodhana quiere batalla y derramamiento de sangre en vez de paz y de acuerdos. Pero yo te ayudaré. Conduciré tu carro a la batalla, así tendrás tus brazos libres para encarar a tus enemigos”.

Sin embargo, el corazón de Arjuna estaba triste ante el pensamiento de tener que pelear contra su propio primo, y de que tantos bravos hombres perdieran sus vidas. Entonces Krishna dijo:

–“No estés demasiado triste por aquellos que morirán. Porque el alma nunca muere, se eleva de los cuerpos cuando estos mueren, como si los hombres cambiaran un vestido viejo por uno nuevo, el alma pone de lado un cuerpo viejo y gana otro nuevo”.

Así Arjuna fue capaz de ir a la batalla con un cierto consuelo. Cuando el sol se elevó más alto, sonaron las trompetas los muchos miles de guerreros tomaron sus armas. Los príncipes montaron en sus carros y con gritos salvajes los dos grandes ejércitos se abalanzaron uno contra otro. La matanza fue terrible, la sangre corría en un rojo río sobre el terreno pedregoso de la llanura de Kurukshetrá y los cuerpos muertos la cubrían unos a otros como hojas en otoño.

Drona, quien una vez había sido el maestro de los príncipes estaba ahora peleando contra los hermanos Pandava. Sus flechas nunca fallaban el blanco y mataban guerrero tras

guerrero. Fue una de ellas la que se incó en el corazón del padre de Draupadi, quien cayó muerto del carro.

Pero Drona también tenía un hijo que estaba peleando contra los hermanos. Y este hijo peleaba contra el fuerte Bhimá, que estaba usando su arma favorita, el mazo. El hijo de Drona cayó muerto bajo el terrible sonido del mazo de Bhimá. Un gran grito se elevó:

—*¡El hijo de Drona ha caído!*

Cuando Drona escuchó el grito se abatió su corazón, dejó su arco y bajó del carro. En ese momento, una espada lo golpeó y mató. El hombre que lo había golpeado y matado fue Drishtadyumna, el hermano de Draupadi, quien así vengó la muerte de su padre.

Fueron dieciocho días de furiosa batalla. A veces parecía que ganaría el ejército de Ludistira, otras el de Duryodhana estaba más cerca de la victoria. Pero en el último día, los guerreros de Duryodhana ganaban más y más terreno, y los soldados de Ludistira, agotados y cansados de la pelea, comenzaron a dar la espalda al enemigo y huir.

Entonces Krishna, que estaba dirigiendo el carro de Arjuna, le dijo:

—*¡Ahora ha llegado el momento de usar tu arco Gandiva!*

Arjuna levantó el arco y las flechas que provenían de él eran como fieras chispeantes. Donde golpeaban, no uno sino cientos de enemigos caían. Y ante el terror del arco Gandiva, los soldados de Duryodhana escapaban con miedo y temblando. El mismo Duryodhana trató de escapar cuando vio a sus guerreros huyendo. Se escondió en un río, esperando que los hermanos no lo encontraran.

Pero los mellizos Nakula y Sajádeva, los rápidos jinetes, habían seguido su huida e informaron a sus otros hermanos dónde estaba escondido. Pronto, los cinco hermanos llegaron al río y el fuerte Bhimá lo retó a que saliera y peleara él solo.

Duryodhana emergió chorreando agua, fiero y lleno de odio. Estaba armado con un mazo, tal como Bhimá, y ambos se propinaron unos terribles golpes. Al final, un formidable mazazo de Bhimá alcanzó a Duryodhana y el malvado rey, cuya avaricia y envidia había traído tanta miseria y sufrimiento, murió.

Dritarastra, el viejo rey ciego, el padre de Duryodhana, estaba profundamente sentido sobre todo lo que había pasado. Él mismo fue el que devolvió la corona de todo el reino a Ludistira, a quien realmente siempre perteneciera.

Entonces, el rey ciego partió hacia el bosque, solo, y allí murió.

Los hijos de Pandú recuperaron, al fin, el gobierno del reino de su padre.

La búsqueda de la verja del cielo

Después de la terrible batalla en las llanuras de Kurukshetrá, Ludistira se hizo rey y gobernó. Él y sus hermanos gobernaron su país con gran sabiduría y justicia durante treinta y cinco años. Pero, entonces, no obstante, los cinco hermanos y la reina Draupadi ya no eran tan jóvenes. Ser rey de un gran país es más bien un trabajo duro, y Ludistira pensó que ya era tiempo que un hombre joven tomara su lugar. Por lo que hizo rey a Pariksit, el nieto de Árjuna y Draupadi, el único descendiente que había sobrevivido a la gran batalla.

Ahora que los hermanos y Draupadi habían dado su poder y responsabilidad, ellos pudieron tener una vida placentera y fácil. Pero ellos deseaban algo más, algo que sólo podía ser encontrado si dejaban tras de sí todo tesoro y sirvientes y comodidad y se iban hacia las montañas del Himalaya. Porque se decía que en algún lugar en las montañas habría un sitio donde se encontraba una puerta que es la entrada al cielo.

Pero también se decía que sólo aquellos que nunca habían sido mentirosos, fatuos, miedosos o poco amables podían encontrar la puerta y pasar a través de ella al cielo. Así, los cinco hermanos y la reina Draupadi abandonaron su espléndido palacio y jardines y muchos sirvientes y partieron a buscar la puerta del cielo.

Viajaron sin equipaje ni provisiones, pero Ludistira llevó su perro con él. Había sido su compañero por muchos años y no quería dejarlo en el palacio.

Las privaciones que ellos sufrieron en el frío y las estériles rocas de los Himalayas fueron muy grandes. El tiempo pasaba y ellos buscaban, deambulando por una y otra parte, pero aún no habían encontrado el lugar secreto de la puerta del cielo. Las dificultades fueron demasiado grandes para la reina Draupadi. Ella no podía seguir adelante y se echó y falleció. Su muerte de Draupadi puso muy triste a los hermanos, pero ellos continuaron con su búsqueda. El más triste de todos era Arjuna, su tristeza lo debilitó. Entonces, un día en que sus piernas no pudieron llevarlo más, cuando se sentó, su corazón dejó de palpitar.

Nakula y Sajádeva, los mellizos, que siempre habían hecho casi todo juntos, y que Nunca fueron separados, se volvieron demasiado débiles para continuar y también murieron.

Ahora, sólo Bhimá, Ludistira y el pequeño perro partieron. Pero Bhimá no estaba suficiente fuerte por las terribles privaciones a lo largo de las rocas heladas de los Himalayas, y una mañana Ludistira encontró a su último hermano muerto.

Ludistira se preguntaba como él, que no era el más fuerte, sino el más débil de todos los hermanos podía continuar cuando todos los demás habían muerto antes que él.

Al día siguiente que Ludistira y su perro continuaron el viaje, una puerta que parecía hecha de luz del sol surgió ante él. A la puerta estaba parado el dios Indra que dijo:

—*“Bienvenido, Ludistira, tú eres el único de los hermanos que no tiene faltas. Por ello sólo a ti se le ha permitido encontrar la puerta. ¡Ven y entra a la ciudad celestial de los dioses!”* Pero Ludistira respondió:

—*“Yo no pasaré por esa puerta sin mis hermanos y Draupadi. Toda la gloria del cielo no significa nada para mí sin ellos”.* Entonces Indra sonrió y dijo:

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

–“Ven Ludistira y encuentra a tus hermanos y a Draupadi en la ciudad celestial, pues ellos llegaron antes que tú”.

Pero como Ludistira se aproximó a la puerta con su perro siguiéndole, Indra dijo:

–“¡Seguro que no pensarás traer a ese perro contigo! Al perro no le será permitido que entre”. Ludistira se volvió y contestó:

–“Este perro me ha sido fiel a mí por muchos años y yo le seré fiel a él. No lo dejaré, y si él no puede entrar conmigo no entraré a la ciudad santa de los dioses”.

Cuando terminó de decir estas palabras, el perro cambió ante sus ojos y se trasmutó en un dios brillante de luz, que dijo:

–“Yo soy el dios de la Justicia y la Imparcialidad. Aun cuando yo apareciera como un perro ante ti has permanecido fiel a mí. Por esta razón tú tendrás mayor honor en la ciudad celestial que cualquier otro hombre”.

Pero los dioses aún tenían una prueba guardada para Ludistira. Cuando él entró en la ciudad celestial donde los dioses moraban en su gloria, no pudo ver ni a sus hermanos ni a Draupadi. Entonces gritó:

–“¿Dónde están ellos?”

De repente desapareció la ciudad de luz y se vio en un lugar de oscuridad, donde voces humanas gritaban en pena. Entre esas voces Ludistira reconoció aquellas de sus hermanos y de Draupadi, y exclamó:

–“Si ustedes, los dioses, han hecho tal cosa, condenando a mis hermanos y a Draupadi a quedarse en la oscuridad y el dolor, entonces yo no deseo estar en la ciudad celestial. ¡Yo me quedaré con mis hermanos y Draupadi!”

Cuando dijo esto, la oscuridad desapareció. Se encontraba de nuevo en la ciudad de la luz y sus hermanos y Draupadi estaban con él.

Y los grandes dioses mismos, Brahma, Visnú y Shiva lo elogiaron como la más fiel y noble de todas las almas humanas en la santa ciudad de los dioses.

Aportación: Colegio Waldorf Lima

Otras historias sobre la Antigua India se encuentran todas juntas en el enlace:

<https://ideaswaldorf.com/antigua-india-c-k/>

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>